

Adiós a la LUNA

por Monica Hughes
ilustrado por Mick Coulas





Kepler Masterman tiene 15 años: nació en la Luna, donde su padre es el gobernador. Y ahora, por primera vez, Kepler está a punto de volar desde su hogar de toda la vida, la Luna, hacia ese sitio, atractivo y desconocido, llamado la Tierra.

Me senté en el cuarto en penumbra de la estación espacial y observé la Tierra. De un modo extraño me era familiar. En el Centro de Control del Laboratorio Lunar 21 había una fotografía de ese globo azul, con sus nubes arremolinadas como crema batida. En nuestra propia unidad de vivienda teníamos una copia pequeña de la misma famosa fotografía. Para mis padres ése había sido su hogar.

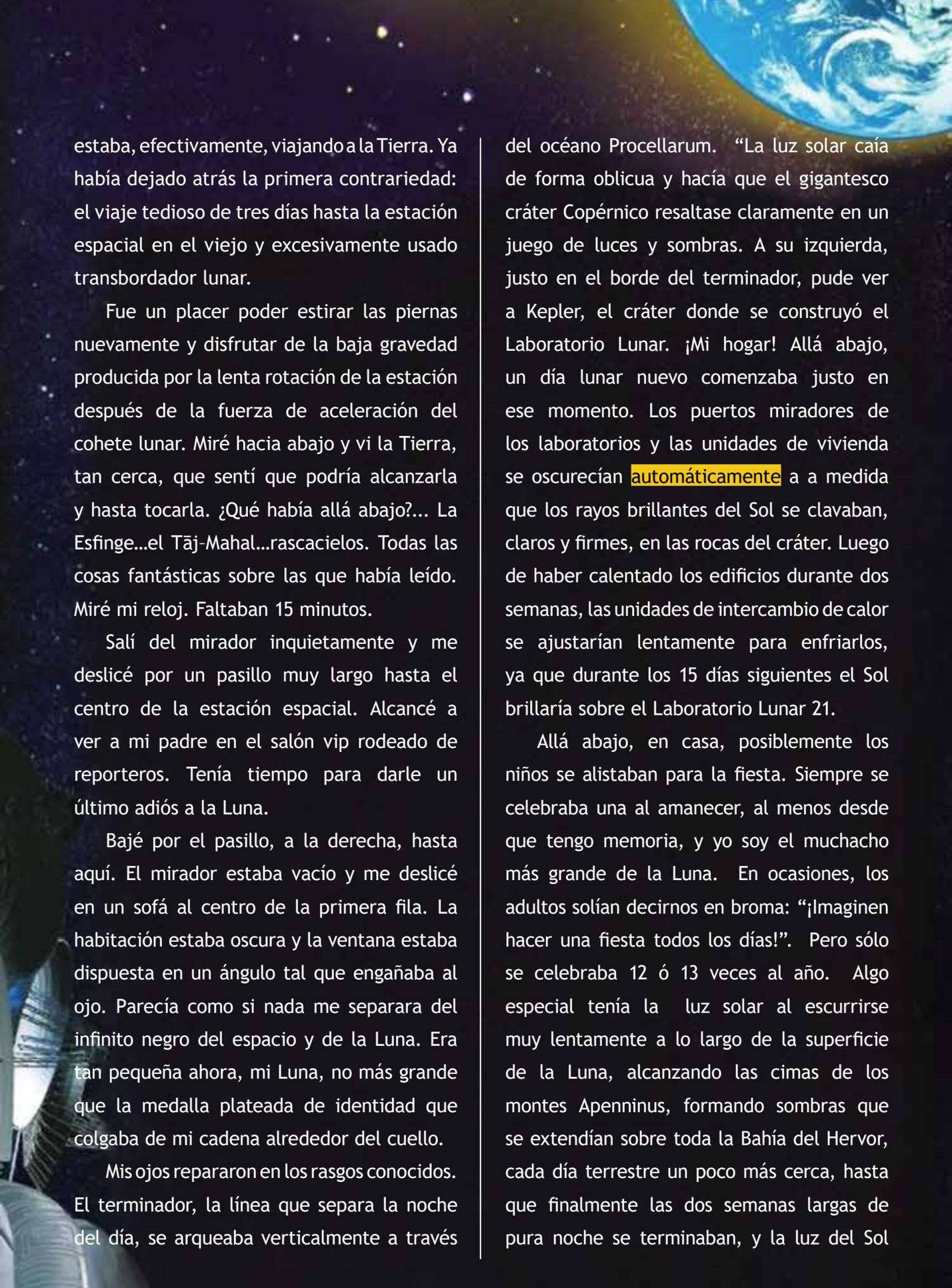
¿Qué era la Tierra para mí? Era un disco plateado y brillante que aumentaba de la fase

creciente a la llena y volvía a **menguar** hasta que su tamaño era igual al que había tenido durante la fase creciente, y que atravesaba los cielos de nuestras largas noches lunares. Era la canción que mi madre me cantaba, a mí, el primer niño nacido en la Luna:

*La Tierra resplandece, la Tierra brilla.
Concédeme el deseo que esta noche pida.*

Pero eso fue hace mucho, mucho tiempo. Mi madre murió hace cinco años y yo, Kepler Masterman, hijo del gobernador de la Luna,



A photograph of an astronaut in a white spacesuit floating in space. The Earth is visible in the upper right corner, showing blue oceans and white clouds. The background is a dark, starry space.

estaba, efectivamente, viajando a la Tierra. Ya había dejado atrás la primera contrariedad: el viaje tedioso de tres días hasta la estación espacial en el viejo y excesivamente usado transbordador lunar.

Fue un placer poder estirar las piernas nuevamente y disfrutar de la baja gravedad producida por la lenta rotación de la estación después de la fuerza de aceleración del cohete lunar. Miré hacia abajo y vi la Tierra, tan cerca, que sentí que podría alcanzarla y hasta tocarla. ¿Qué había allá abajo?... La Esfinge...el Tāj-Mahal...rascacielos. Todas las cosas fantásticas sobre las que había leído. Miré mi reloj. Faltaban 15 minutos.

Salí del mirador inquietamente y me deslicé por un pasillo muy largo hasta el centro de la estación espacial. Alcancé a ver a mi padre en el salón vip rodeado de reporteros. Tenía tiempo para darle un último adiós a la Luna.

Bajé por el pasillo, a la derecha, hasta aquí. El mirador estaba vacío y me deslicé en un sofá al centro de la primera fila. La habitación estaba oscura y la ventana estaba dispuesta en un ángulo tal que engañaba al ojo. Parecía como si nada me separara del infinito negro del espacio y de la Luna. Era tan pequeña ahora, mi Luna, no más grande que la medalla plateada de identidad que colgaba de mi cadena alrededor del cuello.

Mis ojos repararon en los rasgos conocidos. El terminador, la línea que separa la noche del día, se arqueaba verticalmente a través

del océano Procellarum. “La luz solar caía de forma oblicua y hacía que el gigantesco cráter Copérnico resaltase claramente en un juego de luces y sombras. A su izquierda, justo en el borde del terminador, pude ver a Kepler, el cráter donde se construyó el Laboratorio Lunar. ¡Mi hogar! Allá abajo, un día lunar nuevo comenzaba justo en ese momento. Los puertos miradores de los laboratorios y las unidades de vivienda se oscurecían **automáticamente** a a medida que los rayos brillantes del Sol se clavaban, claros y firmes, en las rocas del cráter. Luego de haber calentado los edificios durante dos semanas, las unidades de intercambio de calor se ajustarían lentamente para enfriarlos, ya que durante los 15 días siguientes el Sol brillaría sobre el Laboratorio Lunar 21.

Allá abajo, en casa, posiblemente los niños se alistaban para la fiesta. Siempre se celebraba una al amanecer, al menos desde que tengo memoria, y yo soy el muchacho más grande de la Luna. En ocasiones, los adultos solían decirnos en broma: “¡Imaginen hacer una fiesta todos los días!”. Pero sólo se celebraba 12 ó 13 veces al año. Algo especial tenía la luz solar al escurrirse muy lentamente a lo largo de la superficie de la Luna, alcanzando las cimas de los montes Apenninus, formando sombras que se extendían sobre toda la Bahía del Hervor, cada día terrestre un poco más cerca, hasta que finalmente las dos semanas largas de pura noche se terminaban, y la luz del Sol

nos bañaba nuevamente. Los astrónomos detestaban la luz solar, excepto los expertos solares. No podían ver las estrellas y tenían que permanecer encerrados en sus cuartos poniéndose al día con su papeleo. Pero a todos los demás les encantaba la luz solar, especialmente a los niños.

Suspiré y pensé en Ann. Me pregunté quién la acompañaría a la fiesta. Estuvimos juntos en la esclusa de aire para despedirnos. Ella había estado llorando y tenía los ojos enrojecidos, pero se veía tan hermosa como siempre. Se me hizo un nudo en la garganta cuando le dije atropelladamente:

—Te veré pronto, Ann.

—Cuídate mucho, Kepler.

—Claro. Tú también, Ann. Te escribiré, lo prometo.

Fue una despedida muy triste. Había ensayado con anticipación lo que iba a decirle exactamente. Aquellas palabras eran estupendas. La habrían impresionado. Pero al estar con ella en la esclusa de aire, las olvidé por completo.

Me avergoncé al recordar esto y anhelé que Ann no lo recordara y se riera de mí. Bueno, al menos podría escribirle. Sabía que no podía esperar cartas de ella. Las tarifas del correo a la Tierra eran devastadoras, como lo eran el costo de todo lo que tuviera que hacer el viaje de 240,000 millas. Pero yo sí podría escribirle a Ann. Ésta era una de las ventajas de ser el hijo del gobernador de la Luna. Podría poner mis cartas en la valija diplomática y así saldrían volando a la Luna sin que nadie preguntara nada. Pero seis meses lejos de casa... La iba a

extrañar mucho. Ésa era la desventaja de ser el hijo del gobernador.

La puerta se entreabrió a mis espaldas, dejando entrar un haz de luz y un murmullo de voces entusiasmadas. El aroma de un **soplo** de perfume exótico inundó el aire. ¡Perfume francés auténtico! El transbordador de la Tierra debía haber llegado ya. Éstos serían los pasajeros del safari lunar. Un viaje así sólo podían hacerlo las personas muy, muy ricas. De hecho, el complejo turístico del Mar de la Serenidad ayudaba a financiar algunos de los gastos de investigación que el gobierno de la Luna era incapaz de sacarle a la tesorería mezquina de la Tierra.

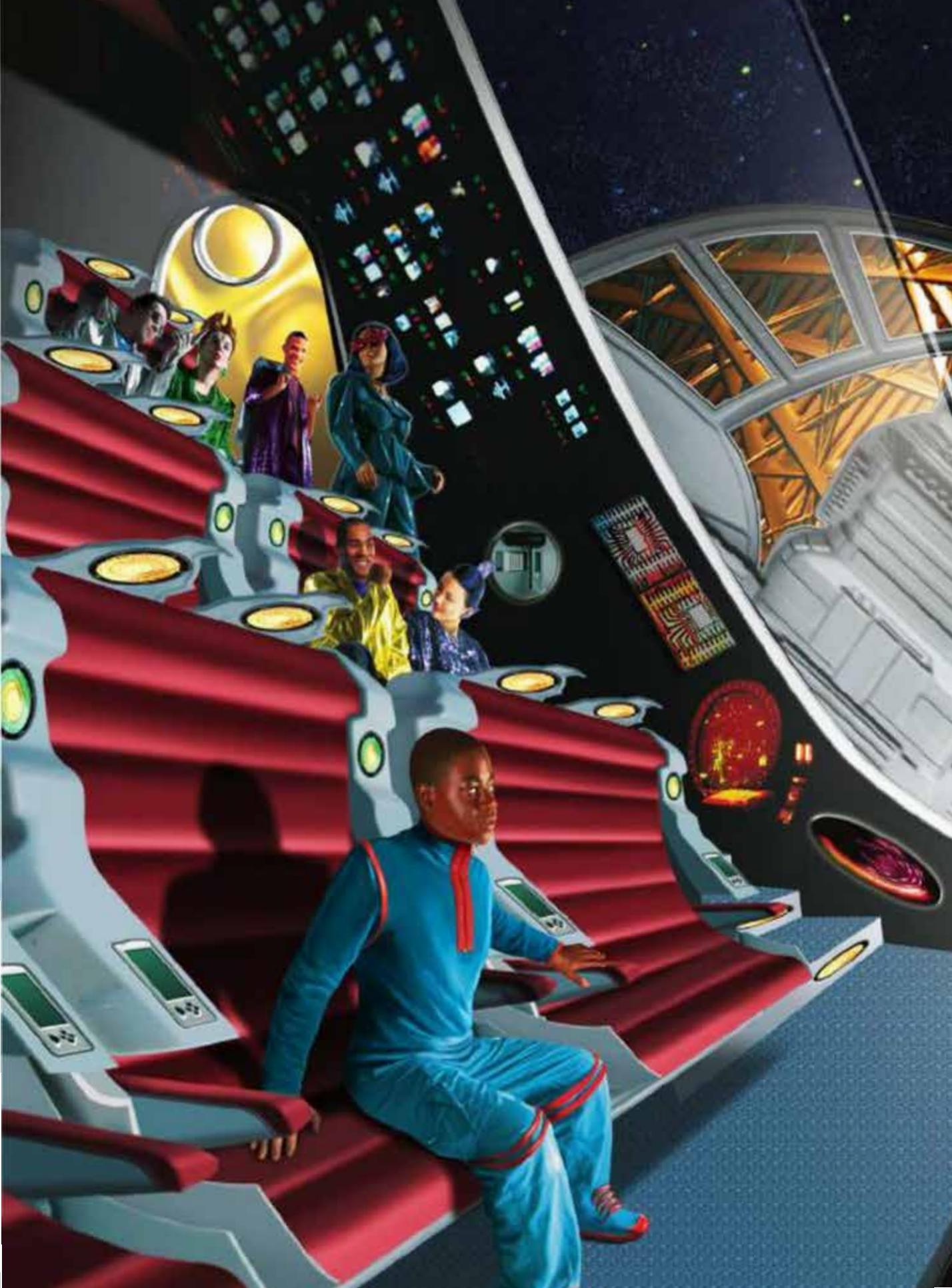
Me escabullí del cuarto repentinamente atestado y bajé por el pasillo hasta la explanada central. Mi padre estaba de pie allí, en las últimas despedidas.

—Buena suerte, George.

—¡Contamos con usted, gobernador!

—Nos vemos en seis meses, a más tardar.

Caminé a su lado, intentando imitar su paso casual. No quería parecer fuera de lugar, aunque fuera mi primer viaje a la Tierra. Pero al ver por primera vez el transbordador de la Tierra, me quedé perplejo y boquiabierto. Era espléndido, tres veces más grande que nuestros transbordadores lunares, tan desgastados por el uso con sus compartimentos de carga enormes y sus secciones de pasajeros siempre hacinadas y **deslustradas**. Más aún, habíamos tenido que resistir el viaje lunar durante tres interminables días, mientras que éste iba a



durar sólo cerca de tres horas.

—¿Todo es así de lujoso en la Tierra? —le susurré a mi padre mientras me acurrucaba en el cómodo asiento acojinado y me abrochaba el arnés.

—Casi todo, al menos en los lugares que conocerás. Es muy distinto a casa, ¿verdad?

¡Sin duda lo era! Intenté imaginar nuestra unidad de vivienda con una alfombra gruesa de color azul marino y paredes de color crema salpicadas de dorado, en lugar del piso de vinilo estándar de color verde y las paredes de acero recubiertas de plástico. Cuando era niño,

siempre vagaba en la unidad equivocada.

Todas eran idénticas ya que era carísimo transportar desde la Tierra las cosas que hubieran hecho que lucieran más acogedoras...

El transbordador se sacudió ligeramente y luego se zafó



con lentitud del muelle de apoyo. Cuando se sometió a la gravedad terrestre, pude sentir que mi cuerpo se presionaba suavemente contra el sillón acojinado. Todo era asombrosamente tranquilo y cómodo. No había dormido casi nada durante el viaje desde la Luna y ahora, sin darme cuenta, los ojos se me cerraban.

Parecía que habían pasado sólo unos cuantos minutos cuando la voz de mi padre me despertó:

—¡Eres un viajero muy holgazán, Kepler! Pero no puedes perderte esta vista. Estamos entrando a la órbita terrestre justo ahora. ¡Mira!

Levanté el cuello ansiosamente y observé a través del mirador. Reconocí el eje estrecho de América Central y, después, el resplandor acerado del Atlántico que se extendía debajo de nosotros. No se acababa nunca.

—¡El planeta es sólo agua! —exclamé.

—Siete décimas partes lo son —convino mi padre

—Pero...pero. ¡Oh, mira!

Mis exclamaciones eran muy pobres, pero, ¿qué palabras podía usar para expresar esto? ¡Un mundo que tenía siete décimas partes de agua! Porque, en la Luna, el agua era más difícil de conseguir que el oxígeno, mucho más difícil. Se podía respirar fácilmente. Uno podía respirar tan hondo y seguido como quisiera. Ahora que los jardines hidropónicos estaban en marcha, ya no teníamos que pagar por el oxígeno.

Pero el agua era cosa aparte.

Cada onza de agua valía su peso en cualquier mineral lunar. En los laboratorios y las unidades de vivienda, el polvo se extraía por medio de filtros electrostáticos. Lavar era un lujo y beber agua un placer único.

En la Luna no había agua gratuita. Cada onza que usábamos se extraía durante el refinamiento de los minerales que se enviaban a la Tierra. Y las compañías mineras nos la cobraban, ¡gota por gota! Crecí pensando que el agua era el elemento máspreciado del universo. Ahora podía ver con mis propios ojos que la Tierra estaba cubierta de ese elemento, y se desbordaba.

Orbitamos sobre el norte de África y Arabia. Desde mi mirador, pude ver el azul del océano Índico salpicado de islas como lentejuelas. Después el Pacífico. Me sentí de pronto agotado y un poco indispuesto. ¿Qué clase de lugar era la Tierra y cómo serían sus habitantes? Más de medio mundo compuesto de agua y, aun así, nos cobraban cada vaso. Cerré los ojos y me alejé del mirador.

—¿Te sientes aturdido? —la voz de mi padre sonó comprensiva—. Estamos empezando el rompimiento orbital y supongo que ahora sentirás la diferencia de peso. No te preocupes. Empeorará antes de mejorar. Pero, al final mejorará. ¡Sólo aguanta!

Supongo que las incomodidades eran mínimas para los pasajeros terrícolas de la estación espacial. Su peso aparente aumentaba dos o tres veces. Hasta entonces

no sabía lo que la sexta parte de peso terrestre que me correspondía por derecho de nacimiento me iba a significar al intentar regresar a “casa”. Era como una barrera que me separaba de todas estas personas. Ya pesaba seis veces más de mi peso normal. Mientras proseguía el rompimiento orbital, mi peso aumentó doce veces. Ah... el peso en mi pecho... No podía respirar. Sentí como si el cerebro me fuera a estallar.

Cuando recuperé el sentido, la enorme presión había desaparecido. Me sentía pesado y muy cansado. Levanté la cabeza y miré borrosamente a mi alrededor. ¡Habíamos aterrizado! Todos desabrochaban su arnés y recogían sus cosas, y esto producía un gran ajetreo. Luché con mis propias correas de seguridad y mi padre se inclinó para ayudarme. La expresión de su rostro me indicó que no me veía nada bien.

—Recuéstate, Kepler. Te ha sangrado la nariz. Buscaré una azafata para que te ayude.

—Estoy bien, papá —sentía la lengua gruesa y las palabras sonaban distantes.

La azafata llegó de prisa. Se inclinó para limpiarme la cara.

—Yo puedo hacerlo —refunfuñé pesadamente, intentando quitarle el paño.

—Tú sólo quédate recostado, hijito. Voy a traerte una bolsa de hielo. Realmente te hicieron daño los cambios de gravedad.

En la mañana tendrás dos hermosos ojos amoratados.

¡Hijito! ¿Cuántos años creía que yo tenía, por cierto? ¡Dos ojos amoratados, por Dios!

Esto sí que era comenzar con el pie derecho. Atención, planeta Tierra. Aquí viene Kepler Masterman, ¡en una cáscara de plátano!

La mujer retrocedió con la bolsa de hielo. Me pregunté cómo podía moverse tan ligeramente en el planeta pesado. No se veía más pesada que un grano de polvo lunar.

Habló con mi padre:

—Gobernador, la prensa y la televisión lo esperan. ¿Ya está listo para descender del transbordador?

—Desde luego. Iré en seguida.

Se levantó y luego se estiró. Mi padre era un hombre grande y muy musculoso. Me pregunté si algún día podría igualarlo. Yo era muy delgado y, a pesar de levantar pesas en secreto en mi cuarto, no estaba logrando muchos avances.

—Se siente muy extraño pesar nuevamente 170 libras. No creas que me agrada mucho. Kepler, quédate recostado y tómate tu tiempo. Estoy seguro de que esta joven te cuidará muy bien.

Observé su espalda ancha mientras regresaba al pasillo y avanzaba por la escotilla. Luego, me quité la bolsa de hielo y balanceé mis piernas hacia el piso. Me dolía un poco la cabeza, pero no era algo insoportable. Ponerme de pie fue más difícil y caminar fue una pesadilla, como dar pasos sobre pegamento. Apreté los dientes y practiqué, un pie primero y otro después, de un lado a otro del pasillo, sosteniéndome de los respaldos de los asientos para no caerme.

Seis meses en el planeta. ¿Cómo iba a lograrlo? Vi que la azafata me observaba



desde la puerta de la cocina. Deseé que se fuera, pero, cuando se dio cuenta de que la había visto, caminó hacia mí por el pasillo.

—Podría conseguirte una silla de ruedas —se ofreció—. Este síndrome de gravedad baja puede ser un problema. Ha pasado otras veces, sabes, aunque creo que eres la primera persona que nunca antes en su vida ha experimentado el peso terrestre.

—Estaré bien, gracias. Sólo se necesita un poco de práctica, nada más.

—Claro. ¿Quizá preferirías limpiarte un

poco antes de descender?

Acepté su indirecta y regresé pesadamente por el pasillo hacia el baño. ¡Cielo santo, estaba hecho un desastre! Me quité la chaqueta, que lucía anticuada en comparación con la moda terrestre que había visto en el transbordador, y de un material rústico. Me limpié el resto de la sangre del rostro y me peiné. De acuerdo con los estándares terrestres, mi corte de cabello se parecía al de un convicto, pero ya crecería otra vez. Tenía manchas rojizas debajo de



los ojos, pero el color morado que la azafata había pronosticado no aparecía aún.

Me puse mi chaqueta otra vez y avancé, arrastrando los pies, hacia la escotilla de salida. Sujetándome de la barandilla de la rampa, dudé al ver la multitud de reporteros, camarógrafos y transeúntes casuales que estaban vestidos exóticamente y se apiñaban en torno a mi padre. Al final de la rampa había ciertamente un mundo nuevo.

—Buena suerte —me dijo la azafata suavemente.

No era una mala persona, en serio, sólo un poco mayor para poder entender. Le devolví una sonrisa forzada, tragué saliva y bajé por la rampa para reunirme con mi padre. Sentí que me ahogaba en medio de una tormenta de voces. Qué fuerte hablaban estos terrícolas, como si trataran constantemente de ensordecerse unos a otros.

—Gobernador, ¿aseguraría que las diferencias entre las personas de la Tierra y la Luna son irreconciliables?

—Ciertamente, no. Por el contrario, estoy convencido de que con un entendimiento más claro de nuestros problemas, nuestras diferencias serán limadas amistosamente.

—¿Qué pretende hacer en caso de que la ONU vote en su contra?

—Por el momento, ni siquiera he considerado esa posibilidad.

—Gobernador, ¿cuánto tiempo piensa quedarse en la Tierra durante este viaje?

—Calculo que tardaremos seis meses en resolver nuestras diferencias, aunque, claro, podríamos tener un golpe de suerte...

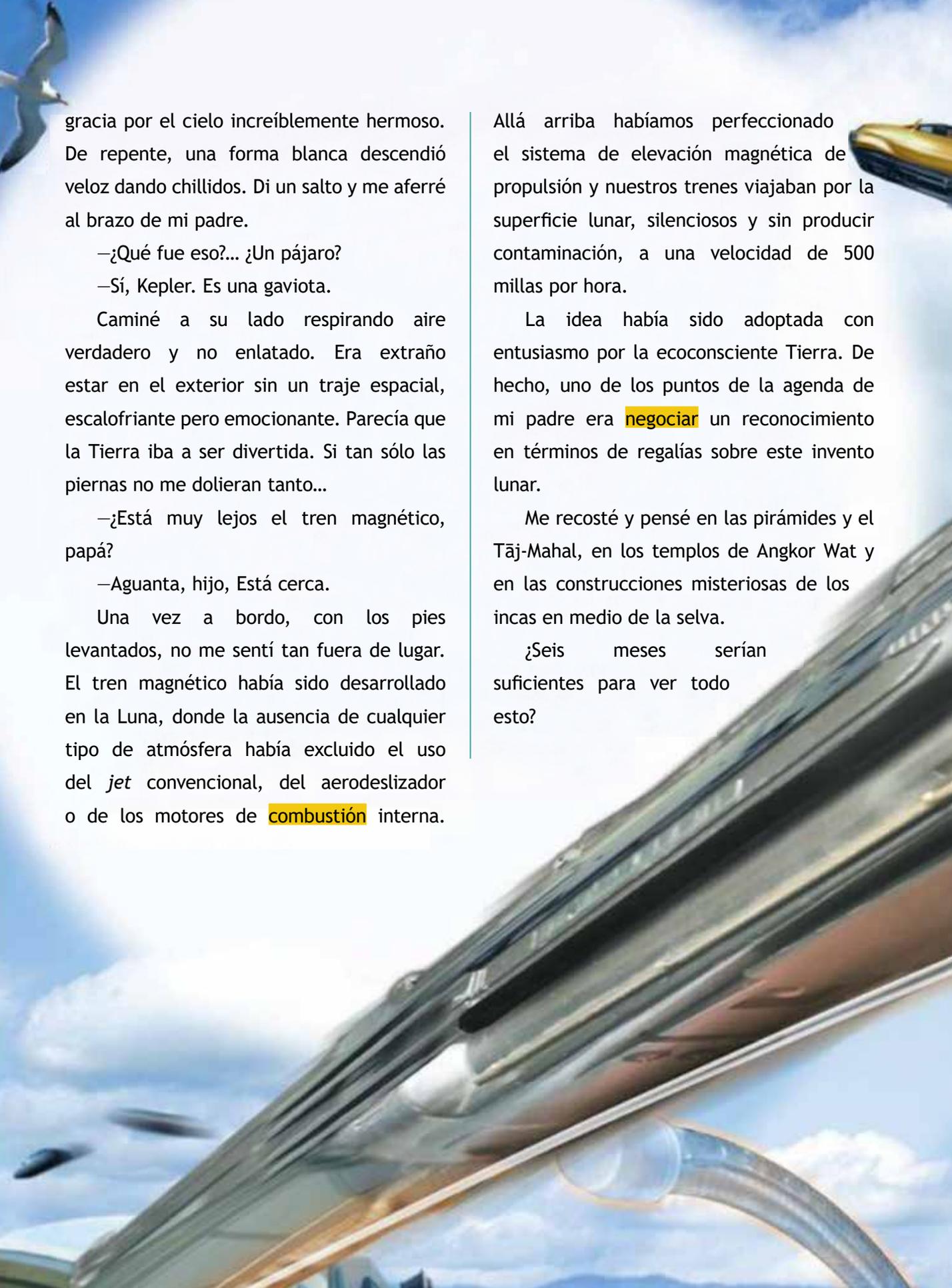
—Una última pregunta, gobernador.

Ahora que está de regreso en la Tierra, ¿podría decirles a nuestros oyentes cuál es realmente su casa, la Tierra o la Luna?

—Ésa es una pregunta difícil de responder. Todos mis lazos culturales están con la Tierra. Pero, al igual que todos los inmigrantes que vinieron en tropel al Nuevo Mundo e hicieron de él una nación, creo que debo admitir que es en el más reciente Nuevo Mundo, la Luna, donde se encuentran mi presente y mi futuro. Mi hijo nació allá. Mi esposa fue enterrada allá. Mi trabajo está allá. Sí, señoras y señores, es maravilloso estar de vuelta en la Tierra. Pero, ¡mi hogar es la Luna!

Mi padre me extendió su brazo al verme de pie atrapado entre los reporteros. Caminamos juntos a lo largo de la plataforma de aterrizaje sobre el concreto bañado en luz solar. Sentía en mi cuerpo el cálido Sol y nuestras sombras avanzaban delante, suaves, con bordes difusos. Miré hacia arriba. El cielo era de color azul claro con cúmulos de

nubes esponjosas, iguales a las que se veían en mis videocintas viejas. Navegaban con



gracia por el cielo increíblemente hermoso. De repente, una forma blanca descendió veloz dando chillidos. Di un salto y me aferré al brazo de mi padre.

—¿Qué fue eso?... ¿Un pájaro?

—Sí, Kepler. Es una gaviota.

Caminé a su lado respirando aire verdadero y no enlatado. Era extraño estar en el exterior sin un traje espacial, escalofriante pero emocionante. Parecía que la Tierra iba a ser divertida. Si tan sólo las piernas no me dolieran tanto...

—¿Está muy lejos el tren magnético, papá?

—Aguanta, hijo, Está cerca.

Una vez a bordo, con los pies levantados, no me sentí tan fuera de lugar. El tren magnético había sido desarrollado en la Luna, donde la ausencia de cualquier tipo de atmósfera había excluido el uso del *jet* convencional, del aerodeslizador o de los motores de **combustión** interna.

Allá arriba habíamos perfeccionado el sistema de elevación magnética de propulsión y nuestros trenes viajaban por la superficie lunar, silenciosos y sin producir contaminación, a una velocidad de 500 millas por hora.

La idea había sido adoptada con entusiasmo por la ecoconsciente Tierra. De hecho, uno de los puntos de la agenda de mi padre era **negociar** un reconocimiento en términos de regalías sobre este invento lunar.

Me recosté y pensé en las pirámides y el Tāj-Mahal, en los templos de Angkor Wat y en las construcciones misteriosas de los incas en medio de la selva.

¿Seis meses serían suficientes para ver todo esto?

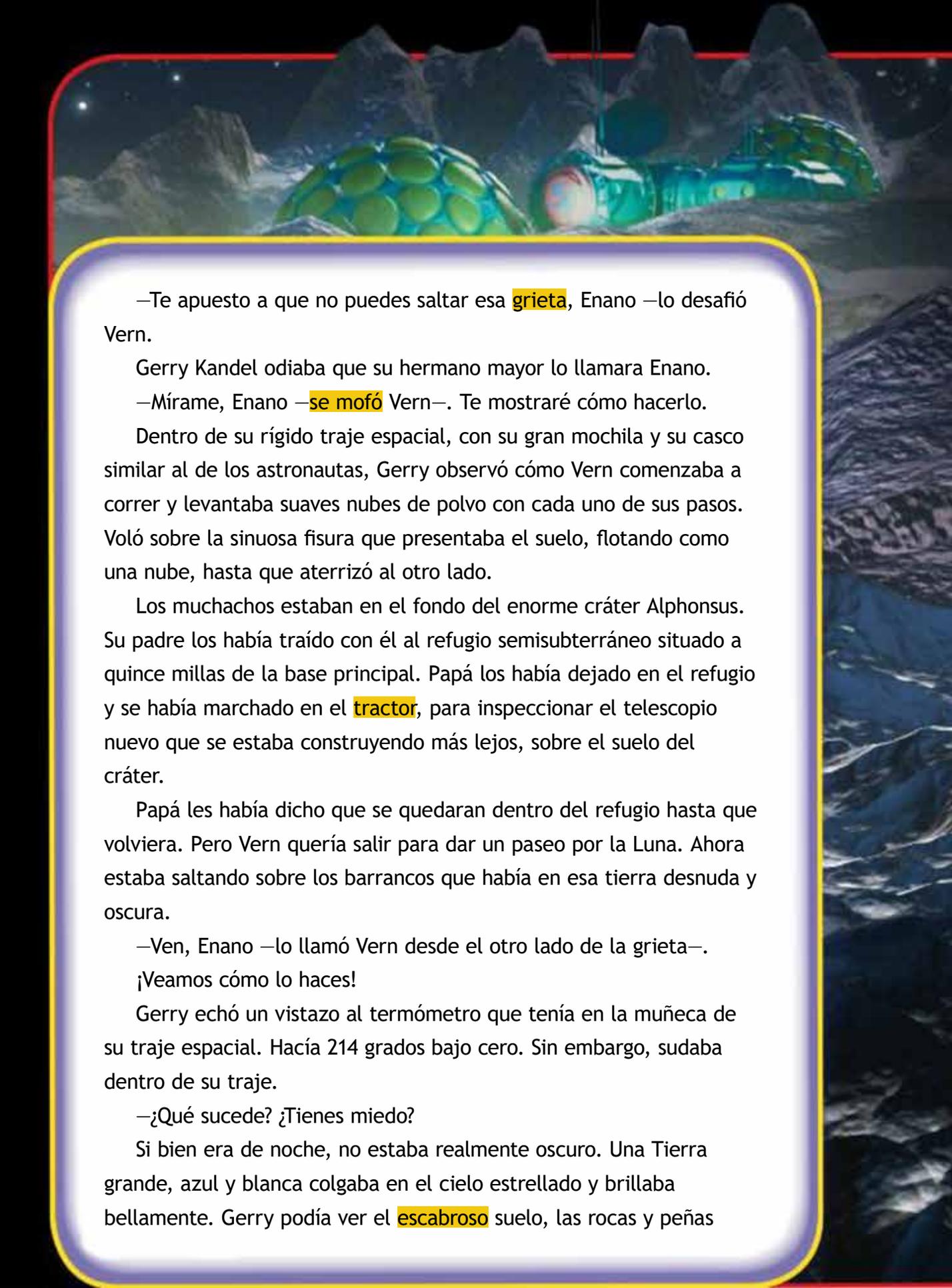


Paseo lunar

por Ben Bova

ilustrado por Peter Bollinger





—Te apuesto a que no puedes saltar esa grieta, Enano —lo desafió Vern.

Gerry Kandel odiaba que su hermano mayor lo llamara Enano.

—Mírame, Enano —se mofó Vern—. Te mostraré cómo hacerlo.

Dentro de su rígido traje espacial, con su gran mochila y su casco similar al de los astronautas, Gerry observó cómo Vern comenzaba a correr y levantaba suaves nubes de polvo con cada uno de sus pasos. Voló sobre la sinuosa fisura que presentaba el suelo, flotando como una nube, hasta que aterrizó al otro lado.

Los muchachos estaban en el fondo del enorme cráter Alphonsus. Su padre los había traído con él al refugio semisubterráneo situado a quince millas de la base principal. Papá los había dejado en el refugio y se había marchado en el tractor, para inspeccionar el telescopio nuevo que se estaba construyendo más lejos, sobre el suelo del cráter.

Papá les había dicho que se quedaran dentro del refugio hasta que volviera. Pero Vern quería salir para dar un paseo por la Luna. Ahora estaba saltando sobre los barrancos que había en esa tierra desnuda y oscura.

—Ven, Enano —lo llamó Vern desde el otro lado de la grieta—.

¡Veamos cómo lo haces!

Gerry echó un vistazo al termómetro que tenía en la muñeca de su traje espacial. Hacía 214 grados bajo cero. Sin embargo, sudaba dentro de su traje.

—¿Qué sucede? ¿Tienes miedo?

Si bien era de noche, no estaba realmente oscuro. Una Tierra grande, azul y blanca colgaba en el cielo estrellado y brillaba bellamente. Gerry podía ver el escabroso suelo, las rocas y peñas

esparcidas por todos lados en la superficie lunar.

Y la grieta. Una **hendidura** ancha y serpenteante en el suelo.

—¿Y? —inquirió Vern.

En la poca gravedad de la Luna, Gerry pesaba sólo unas treinta libras, incluso con su voluminoso traje espacial.

—Está bien —respondió, dirigiendo la voz a su micrófono—.

Ahí voy.

Dio cuatro pasos de carrera y luego planeó sobre la grieta. Sentía como si estuviera volando, aunque se tropezó al aterrizar. Vern lo agarró y evitó que se cayera.

—Nada mal para un enano, Enano —dijo Vern riéndose—.

Ahora vamos a buscar una que sea muy grande.





—No deberíamos estar haciendo esto —dijo Gerry—. Papá nos dijo que nos quedáramos dentro del refugio. Si descubre que...

—¿Quién le va a contar? —preguntó Vern.

—Hmm... Nadie supongo.

—Así es. Estaremos de regreso en el refugio cuando vuelva papá. Y tú mantendrás la boca cerrada. ¿Correcto?

—Correcto —respondió Gerry a su pesar.

Siguió a Vern a lo largo de la grieta que acababan de cruzar, levantando con sus botas el polvo que luego tardaba en asentarse por la poca gravedad.

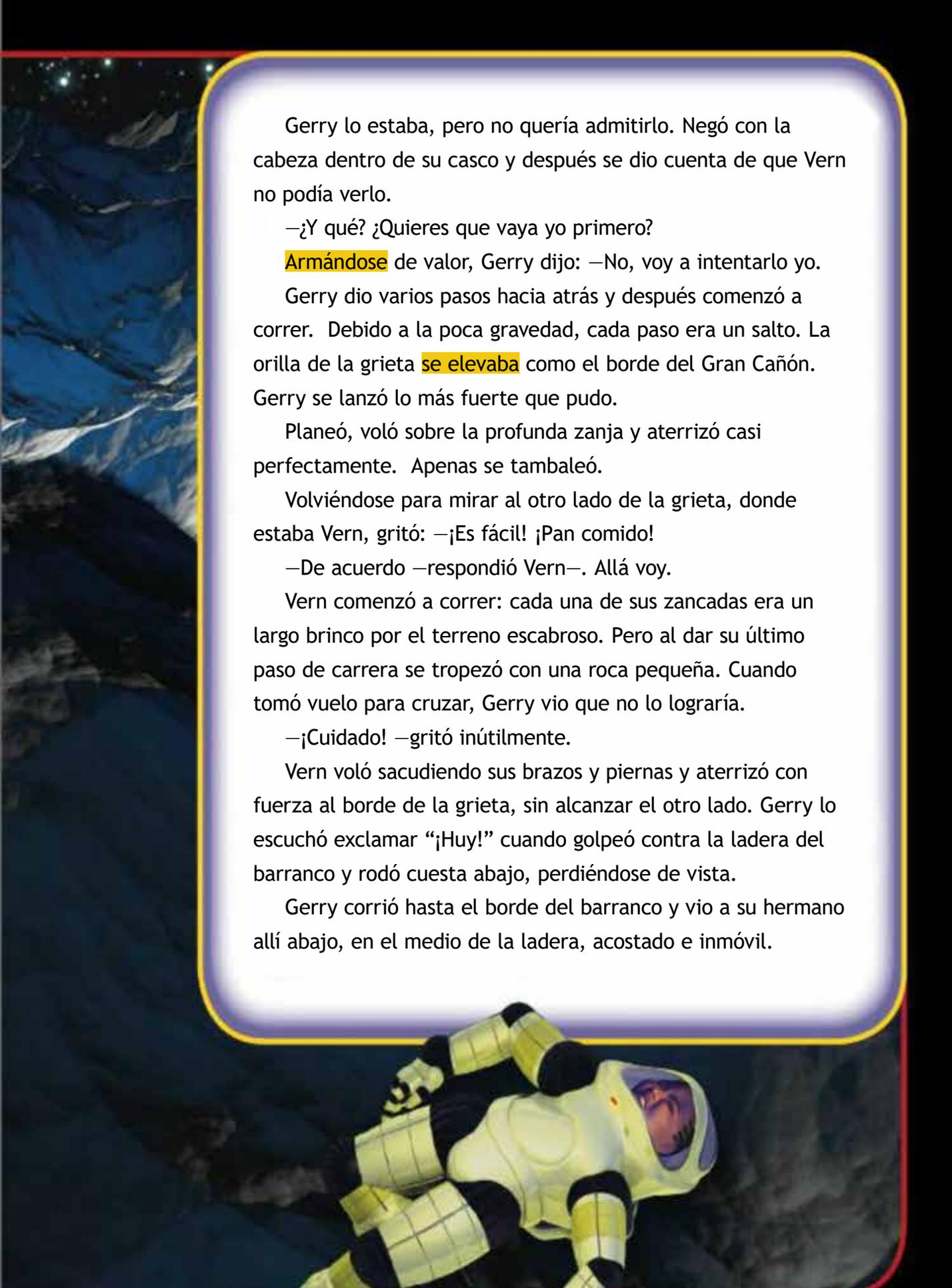
Camaron con dificultad por casi una hora, dejando huellas de botas en el polvo. Del otro lado del cráter, el Sol bañaba con su luz fuerte y brillante la cima de las montañas que formaban una pared circular. Pronto sería de día.

—¡Eh! ¡Ahí hay una! —gritó Vern mientras señalaba con su mano enguantada un barranco ancho que había más adelante. Era mucho más ancho que la grieta que acababan de cruzar de un salto. También parecía profundo, como una hendidura.

—Te apuesto a que no puedes saltar ése, Enano.

Gerry observó el barranco. —Es bastante ancho —dijo.

—¿Asustado?

A photograph of an astronaut in a white and yellow spacesuit floating in space against a dark background with stars. The astronaut is positioned at the bottom of the page, looking upwards.

Gerry lo estaba, pero no quería admitirlo. Negó con la cabeza dentro de su casco y después se dio cuenta de que Vern no podía verlo.

—¿Y qué? ¿Quieres que vaya yo primero?

Armándose de valor, Gerry dijo: —No, voy a intentarlo yo.

Gerry dio varios pasos hacia atrás y después comenzó a correr. Debido a la poca gravedad, cada paso era un salto. La orilla de la grieta **se elevaba** como el borde del Gran Cañón. Gerry se lanzó lo más fuerte que pudo.

Planeó, voló sobre la profunda zanja y aterrizó casi perfectamente. Apenas se tambaleó.

Volviéndose para mirar al otro lado de la grieta, donde estaba Vern, gritó: —¡Es fácil! ¡Pan comido!

—De acuerdo —respondió Vern—. Allá voy.

Vern comenzó a correr: cada una de sus zancadas era un largo brinco por el terreno escabroso. Pero al dar su último paso de carrera se tropezó con una roca pequeña. Cuando tomó vuelo para cruzar, Gerry vio que no lo lograría.

—¡Cuidado! —gritó inútilmente.

Vern voló sacudiendo sus brazos y piernas y aterrizó con fuerza al borde de la grieta, sin alcanzar el otro lado. Gerry lo escuchó exclamar “¡Huy!” cuando golpeó contra la ladera del barranco y rodó cuesta abajo, perdiéndose de vista.

Gerry corrió hasta el borde del barranco y vio a su hermano allí abajo, en el medio de la ladera, acostado e inmóvil.

—¡Vern! ¿Estás bien?

No hubo respuestas. “Está herido”, pensó Gerry. “¿Quizá esté muerto!”

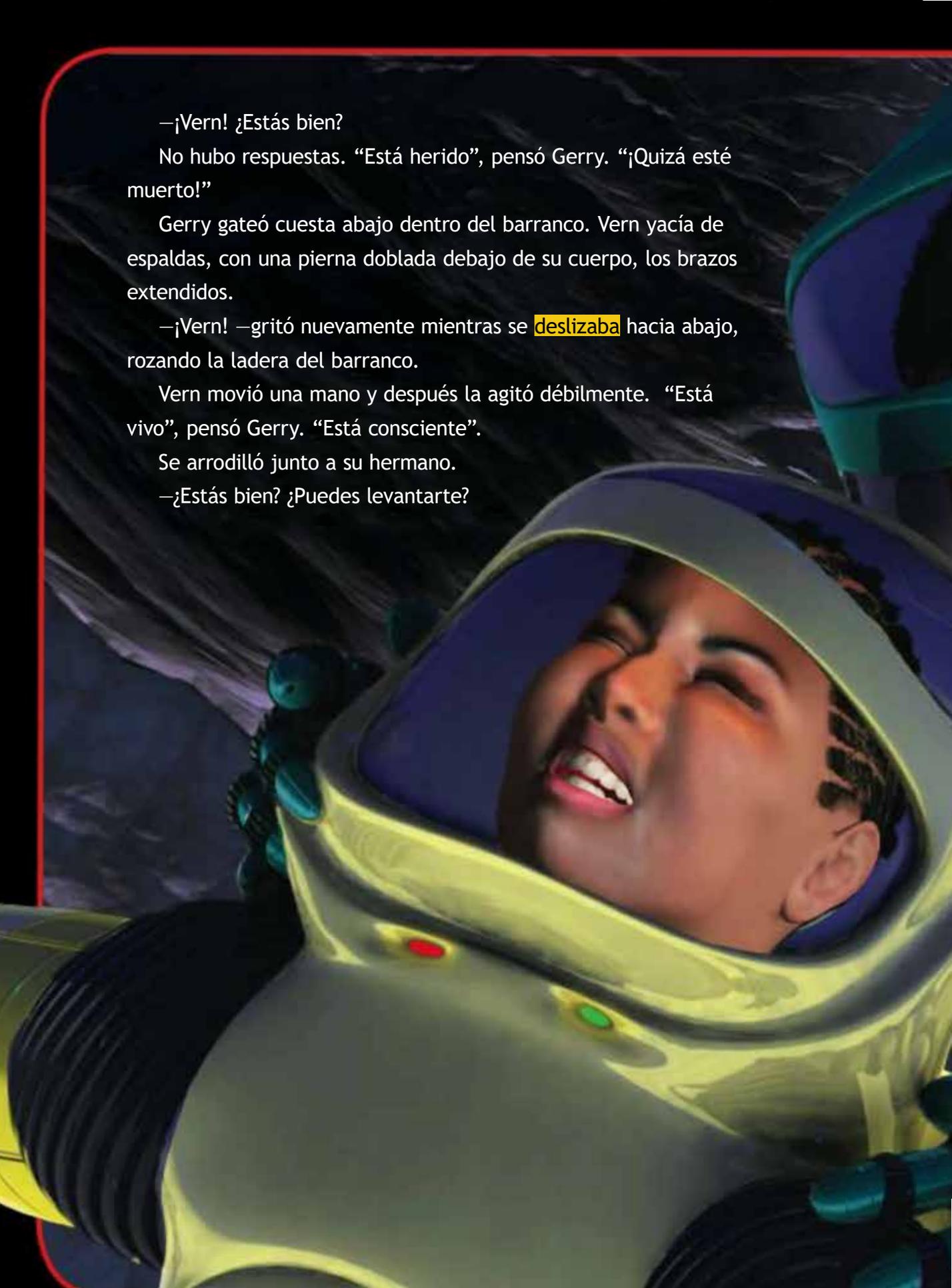
Gerry gateó cuesta abajo dentro del barranco. Vern yacía de espaldas, con una pierna doblada debajo de su cuerpo, los brazos extendidos.

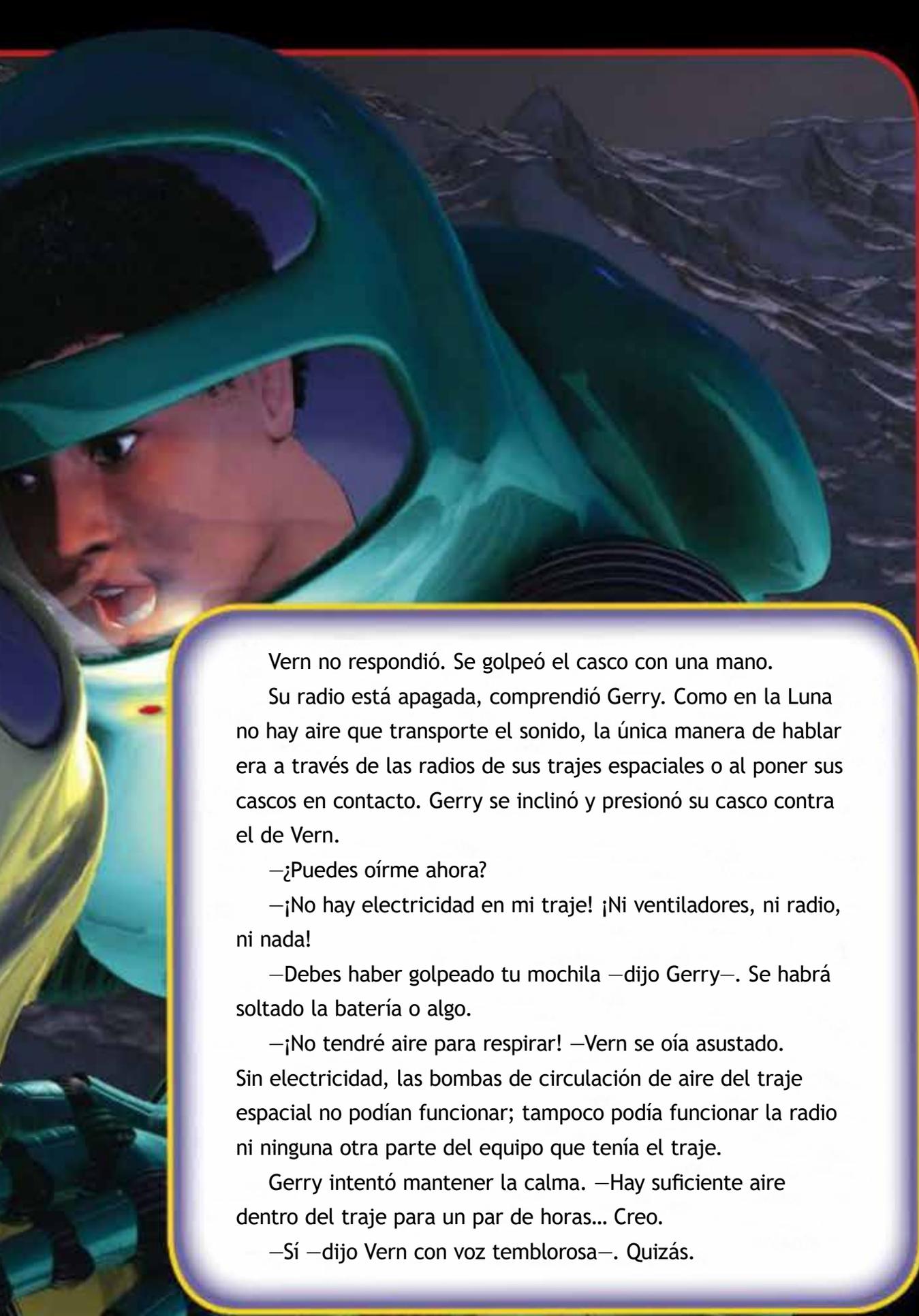
—¡Vern! —gritó nuevamente mientras se deslizaba hacia abajo, rozando la ladera del barranco.

Vern movió una mano y después la agitó débilmente. “Está vivo”, pensó Gerry. “Está consciente”.

Se arrodilló junto a su hermano.

—¿Estás bien? ¿Puedes levantarte?





Vern no respondió. Se golpeó el casco con una mano.

Su radio está apagada, comprendió Gerry. Como en la Luna no hay aire que transporte el sonido, la única manera de hablar era a través de las radios de sus trajes espaciales o al poner sus cascos en contacto. Gerry se inclinó y presionó su casco contra el de Vern.

—¿Puedes oírme ahora?

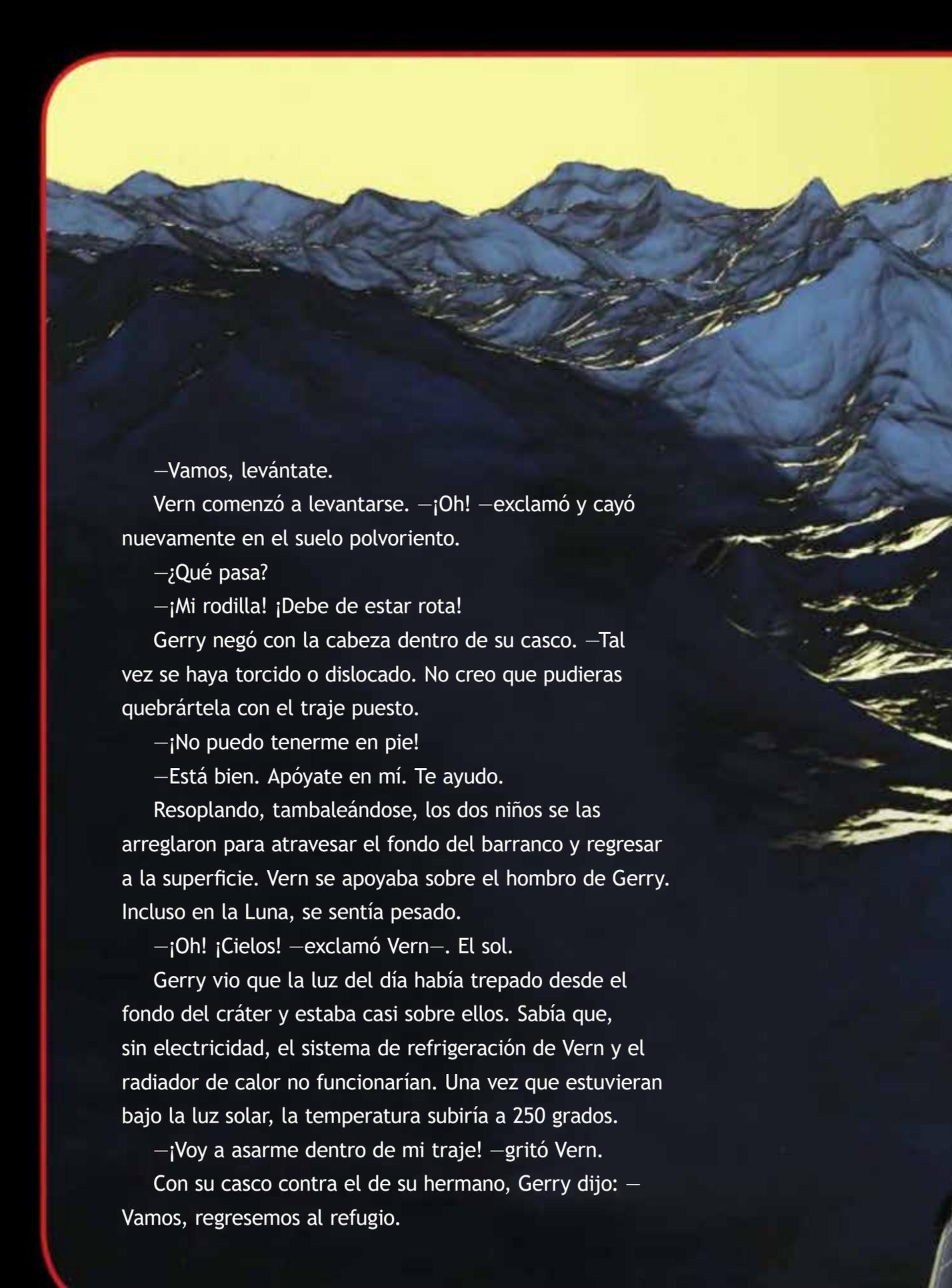
—¡No hay electricidad en mi traje! ¡Ni ventiladores, ni radio, ni nada!

—Debes haber golpeado tu mochila —dijo Gerry—. Se habrá soltado la batería o algo.

—¡No tendré aire para respirar! —Vern se oía asustado. Sin electricidad, las bombas de circulación de aire del traje espacial no podían funcionar; tampoco podía funcionar la radio ni ninguna otra parte del equipo que tenía el traje.

Gerry intentó mantener la calma. —Hay suficiente aire dentro del traje para un par de horas... Creo.

—Sí —dijo Vern con voz temblorosa—. Quizás.



—Vamos, levántate.

Vern comenzó a levantarse. —¡Oh! —exclamó y cayó nuevamente en el suelo polvoriento.

—¿Qué pasa?

—¡Mi rodilla! ¡Debe de estar rota!

Gerry negó con la cabeza dentro de su casco. —Tal vez se haya torcido o dislocado. No creo que pudieras quebrártela con el traje puesto.

—¡No puedo tenerme en pie!

—Está bien. Apóyate en mí. Te ayudo.

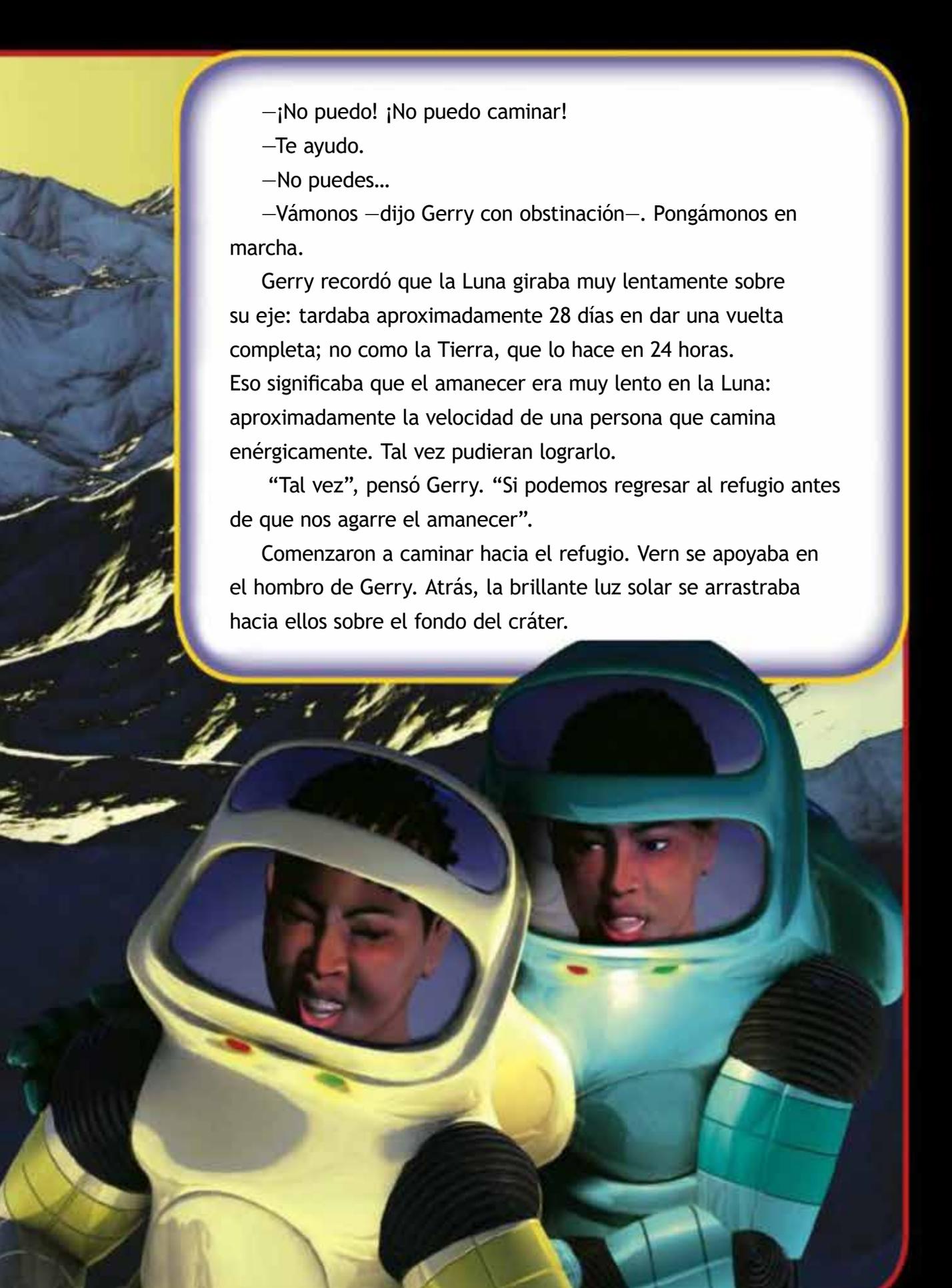
Resoplando, tambaleándose, los dos niños se las arreglaron para atravesar el fondo del barranco y regresar a la superficie. Vern se apoyaba sobre el hombro de Gerry. Incluso en la Luna, se sentía pesado.

—¡Oh! ¡Cielos! —exclamó Vern—. El sol.

Gerry vio que la luz del día había trepado desde el fondo del cráter y estaba casi sobre ellos. Sabía que, sin electricidad, el sistema de refrigeración de Vern y el radiador de calor no funcionarían. Una vez que estuvieran bajo la luz solar, la temperatura subiría a 250 grados.

—¡Voy a asarme dentro de mi traje! —gritó Vern.

Con su casco contra el de su hermano, Gerry dijo: —
Vamos, regresemos al refugio.



—¡No puedo! ¡No puedo caminar!

—Te ayudo.

—No puedes...

—Vámonos —dijo Gerry con obstinación—. Pongámonos en marcha.

Gerry recordó que la Luna giraba muy lentamente sobre su eje: tardaba aproximadamente 28 días en dar una vuelta completa; no como la Tierra, que lo hace en 24 horas. Eso significaba que el amanecer era muy lento en la Luna: aproximadamente la velocidad de una persona que camina enérgicamente. Tal vez pudieran lograrlo.

“Tal vez”, pensó Gerry. “Si podemos regresar al refugio antes de que nos agarre el amanecer”.

Comenzaron a caminar hacia el refugio. Vern se apoyaba en el hombro de Gerry. Atrás, la brillante luz solar se arrastraba hacia ellos sobre el fondo del cráter.

“Mientras estemos en la oscuridad, estaremos bien”, se dijo Gerry. “Si logramos llegar al refugio antes de que se acabe el aire de Vern”.

Caminaron con dificultad durante un lapso de tiempo que pareció durar horas. El cielo estaba tachonado con miles de estrellas; parecían ojos de mirada dura y solemne que observaban a los dos niños.

—Lo lograremos —seguía murmurando Gerry—. Lo lograremos.

Pero, a cada paso, Vern parecía volverse más pesado. La línea de la luz diurna estaba por alcanzarlos. Gerry casi podía sentir el calor del Sol achicharrándolo.

Vern tosió. —Me cuesta...respirar —dijo jadeando.

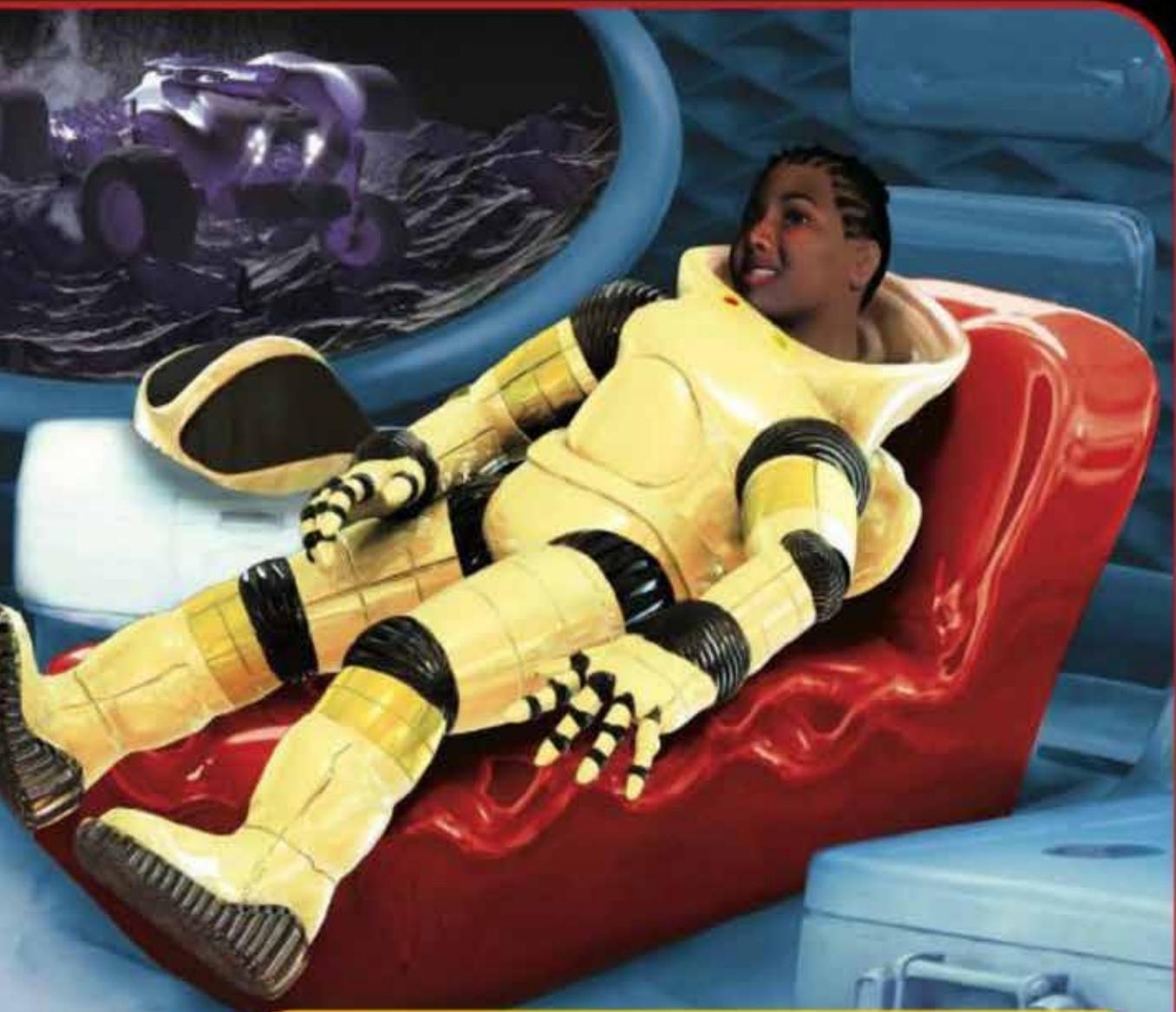
—Ya casi llegamos —Gerry podía ver el montículo redondo de tierra que cubría el refugio.

—No puedo... —Vern se derrumbó. Gerry se tambaleó bajo todo el peso del cuerpo inconsciente de su hermano.

Pestañeando por el sudor que le caía sobre los ojos esforzándose por no llorar, gruñendo, resoplando con fuerza, Gerry arrastró a Vern hasta el refugio. El tractor no se veía por ningún lado. “Papá todavía no ha regresado”, pensó, y no sabía si sentirse bien o mal.

Mientras empujaba a su hermano al interior de la esclusa de aire, vio que el tractor se acercaba lentamente en el horizonte, levantando una suave nube de polvo.





Vern volvió en sí, tosiendo y atragantándose, una vez que Gerry le hizo entrar al refugio y le quitó el casco.

— ¡Lo logramos! —dijo—. Me salvaste, Enano.

—Papá está por llegar —dijo Gerry.

A Vern no le importaba. —¡Me salvaste la vida! ¡Realmente lo hiciste!

—Está bien.

—¡Oye, Enano, estoy en deuda contigo! ¿Qué puedo hacer para recompensarte por salvarme la vida?

Gerry no dudó ni un microsegundo en responder: —¡Nunca más me llames Enano!

